

# EUDOCIO RAVINES O EL MILITANTE

Alberto Flores Galindo

*La vida está plagada de claroscuros y contradicciones. Los personajes no ejecutan un papel convenido de antemano; ignoran siempre el desenlace: cualquiera puede ser un traidor o un héroe. Este análisis perfecto parecería realizarse en las vidas paralelas de Ravines y Mariátegui.*

**E**n la jerga comunista existe una palabra para denominar al militante, es decir, a esa combinación ideal entre eficiencia y disciplina: se dice que es un cuadro. Quizá la denominación se explica por la simetría en la figura, la nitidez de la forma, la implicación de parte en un rompecabezas o la estrechez de perspectivas. Con todas estas connotaciones, positivas o negativas, Ravines fue un cuadro de la Internacional y el comunismo peruano, aunque esto no sea fácil de aceptar por quienes condenan toda su biografía desde un hecho: la salida del partido y su posterior anticomunismo. Un traidor siempre ha debido serlo, de la misma manera como el héroe tiene que ser intachable. Este dualismo perfecto parecería realizarse en las vidas paralelas de Ravines y Mariátegui. Por eso, el primero no podía ser el fundador del P.C. (nadie admite que un padre repudie a su hijo) y el segundo tuvo que viajar a Europa deportado por Leguía. Pero la historia no fue así; la vida está plagada de claroscuros y contradicciones. Los personajes no ejecutan un papel convenido de antemano; ignoran siempre el desenlace: cualquiera puede ser un traidor o un héroe. En esto, a pesar de su obstinación como cuadro, Ravines no fue una excepción.

## ¿PRIMER MARIATÉGUISTA?

Al momento de su muerte, acompañaban a Mariátegui; además de su esposa, el escultor Ocaña —una amistad que se remontaba al tiempo pasado en Italia— la pareja formada por Adler y su novia y en quinto lugar, Eudocio Ravines (1), quien apenas un mes antes había sido elegido para dirigir al naciente Partido Socialista. Mariátegui supo reconocer a una inteligencia fuera de lo común, combinada con un sólido conocimiento del marxismo. Las pruebas se podían encontrar en las páginas de *Amauta*, revisando los artículos que Ravines escribió sobre México (mayo, 1929) o sobre el capital financiero (en los números 16, 19, 21 y 22).

El camino hacia Marx, en Ravines, fue el camino de Moscú. La ruta se la indicó esa especie de profeta que en su biografía fue Henri Barbusse: novelista francés, autor de *El fuego* (un relato sobre la Gran Guerra), compañero de ruta de la Internacional en la revista *Clarté* y después fervoroso seguidor de Stalin. A Barbusse no le costó mucho esfuerzo convencer a Ravines para que tomara el tren en la Gard Du Nord. Al igual que en la vida de Mariátegui, la revolución rusa había encontrado en él a un entusiasta partidario,



## CONGRESOS DE LA INTERNACIONAL

I	Congreso	2 - 6 marzo 1919
II	"	19 julio - 7 agosto 1920
III	"	22 junio - 12 julio 1921
IV	"	5 noviembre - 5 diciembre 1922
V	"	17 junio - 8 agosto 1924
VI	"	17 julio - 1 setiembre 1928
VII	"	25 julio - 21 agosto 1935

sin que mediara ningún conocimiento del marxismo. "Yo no podía dejar de estar al lado de ellos", recordará en *La Gran Estafa*. De esta manera se hizo comunista, pero el bautismo y la confirmación recién se producirían en Moscú: la tierra prometida. Ocurre que el comunismo, tal como lo entendía, no era una meta utópica, ni un ente ubicado en el horizonte extremo de una sociedad, sino un espacio que, aunque inmenso, tenía límites precisos: la Rusia soviética. La realización del mito de Prometeo; los hombres cogiendo la luna con la mano; la confluencia entre la historia y lo imposible. No podemos dudar de su veracidad cuando años después recuerde ese encuentro con su siglo: "Cuando se anunció la llegada a Stolpce, última estación de la frontera polaca, y cuando los policías con aquellas gigantes cas viseras del kepí sobre los ojos, devolvían los pasaportes y las hojitas en ruso, añadidas a él, la vida entera pareció hallarse, en aquel instante, en vilo; estaba como suspendida y en éxtasis ante el anhelo plenamente logrado" (2). Amante de los paralelos históricos, Ravines se siente como un cruzado "poniendo los pies en la Tierra Santa", rescatando el Santo Sepulcro. Una emoción similar experimentaron otros que, viniendo de Europa, creían amoldarse al curso de la historia viajando hacia el oriente: Vallejo, Gide, el mismo Barbusse... Pero el dramatismo que todavía se trasuntaba en 1952, cuando Ravines publicó sus memorias, obedece a que el camino de Moscú se confunde con el camino de la salvación. El comunismo, para Ravines, fue una fe, a la que desde un principio parece aferrarse con angustia porque de esa creencia depende toda su existencia. ¿En qué medida el adulto se había librado del lastre religioso de su infancia? Ravines, adscrito a un marxismo, resueltamente materialista, no habría dudado en la respuesta: sin embargo, el sermón de la montaña, las parábolas del catecismo o las vidas de santos todavía se escucha, por más que el eco sea apagado y distante, cuando parte a Moscú. Ocurre que de su infancia en Cajamarca, de una precoz lectura de la biblia y de la religiosidad materna, provienen las preguntas centrales de su vida: "¿Dónde está el Señor...? ¿Qué se han hecho sus profetas?" (3). Tras años de desorientación, en medio de una sociedad "amodorrada y arcaica", peregrinando inútilmente por Lima, Buenos Aires y París, pareció al fin encontrar la tierra de los profetas. Todavía más: ese tren que lo transporta a Moscú le abre la posibilidad de ser uno de ellos. La iluminación —una diferencia notable con Mariátegui— ha venido desde



arriba: rápidamente se integra a la plana mayor de la Internacional; llega a general sin casi pasar por los escalones intermedios. Este hecho será decisivo en un temperamento propenso a la egolatría (¿qué político no lo es?). Parte de una gran obra, nunca se sentirá un albañil, menos el ladrillo de una edificación, sino nada menos que el arquitecto de una catedral. De Moscú vendrá al Perú en febrero de 1930, para a los pocos días, como recordamos líneas atrás, convertirse en secretario general del Partido Comunista del Perú; años después, deportado a Chile, será uno de los organizadores del periodismo comunista en ese país y de allí pasará a España para actuar como uno de los dirigentes de la Internacional durante la guerra civil (1936-39). Nunca estuvo en la base; siempre en los aparatos burocráticos. Profesión: secretario general.

El viaje a Moscú, entonces, fue decisivo para el ingreso de Ravines a las filas del comunismo: allí se formaría como profesional de la revolución. Coincide con el período de radicalización y dogmatismo a la vez, que se inaugura luego del VI Congreso de la Internacional (julio-setiembre de 1928). Se olvida y se proscriben la heterodoxia con la que se había iniciado la década del 20, ante las posibilidades de un enfrentamiento social cada vez más duro o de un eventual asalto al poder. Estos procesos, a su vez, marchan paralelos con el ascenso del camarada Stalin. El comunismo, para Ravines, no era una necesidad nacional (menos podría haber imaginado que tuviera raíces en nuestra tradición histórica), sino un sistema mundial; una sólida y eficiente construcción racional, en la que resultaban imprescindibles las jerarquías. Hombre de acción, antes que por una vaga estrategia, será seducido por el repertorio de tácticas para la toma del poder.

#### FORMAR CUADROS

En junio de 1929, en el contexto de la polémica peruana sobre el partido político y la revolución, Ravines le dirige una extensa carta a Mariátegui. En ella aparece con bastante nitidez esa imagen jerárquica y autoritaria de la revolución: de un lado "los hombres preparadores y los orientadores", del otro las masas. La ubicación de estos componentes es vertical (4). Paradójicamente, esta manera de entender la política estaba más próxima a las concepciones que enarbola Haya durante la polémica con Mariátegui. En efecto, para Haya el problema central de la revolución era conformar un núcleo dirigente que guiara a las masas amparado en el carácter científico de su teoría. De manera coincidente, Ravines propondrá como primera tarea de los socialistas peruanos la "preparación de cuadros". Aquí nace un reproche a Mariátegui: no haber asumido su papel como líder, no haberse propuesto orientar, ni haber señalado caminos. En otras palabras, no haber sido el Barbusse del Perú. "No se imagina Ud., mi caro amigo, cuánto he sufrido para poder orientarme. Yo no podía tener una fe profunda sino a través de un conocimiento profundo. Sentía a cada instante que la fe sentimental, la fe juvenil, fe de 'nueva generación' se me iba sin remedio, se me escapaba por todos los poros. Su intervención en este momento de ansiedad hubiera sido de un valor enorme para

mí y, estoy seguro, para otros. No sé por qué causa Ud. limitaba demasiado su acción y parecía como querer inhibirse frente a una influencia más o menos profunda sobre los agitados" (5).

En negativo, esa carta nos proporciona otro retrato de Mariátegui, alejado de las seducciones de la élite, abdicando de un supuesto rol de orientador y educador. La diferencia entre quien regresa de Europa para incorporarse a la Universidad Popular González Prada, dar conferencias a obreros sobre la crisis mundial, participar en la experiencia de Claridad, y quien vendrá casi directamente a dirigir un partido después de siete años de ausencia. Teniendo la posibilidad de fundarlo en 1919, Mariátegui posterga la fecha hasta

Mariátegui" (7). Es preciso reconocer, a pesar de cualquier opinión en contra, que en esto tuvo razón. La muerte de Mariátegui es una explicación insuficiente para entender su carencia de herederos. Incluso quien lo sucedió en la dirección del partido mostró también una concepción de la política distante del mito como creación colectiva y de las multitudes como protagonistas de la historia.

Tras Mariátegui y Ravines podemos percibir una sociedad en la que ese "factor religioso" tratado en los 7 Ensayos es demasiado gravitante. Puede incluso conducir a tensiones y conflictos tan áspers como los de mayo de 1923. Pero mientras en Mariátegui la dimensión religiosa del marxismo está en su praxis,



Entierro de José Carlos Mariátegui, un mes antes Ravines había sido elegido máximo dirigente del naciente Partido Socialista.

1928, cuando convoca a la organización de un partido socialista forzado por la polémica con Haya. En la concepción de Mariátegui, el partido constituía un punto de llegada cuyas estaciones previas eran el sindicalismo y la conciencia de los trabajadores. En cambio, para Ravines, el mundo se dividía entre "el partido y lo demás" (6). Fuera del partido no había salvación. El comunismo le proporciona un sentido de identidad que el proyecto aprista, aun cuando sea jerarquizado, no le aseguraba.

Ravines siempre estuvo obsesionado por la eficacia. En *La gran estafa*, cuando recuerda a Mariátegui, su anticomunismo militante de 1952 deja lugar a la espontaneidad de la memoria, para esbozar la imagen de ese inválido siempre optimista y tenaz, heterodoxo en el espectro comunista (lecturas de Sorel, supuesto —no es cierto— amigo de Croce y par de Gobetti), pero poco eficaz por su escaso autoritarismo: "La heresia de Haya de la Torre pesó mucho más que la enseñanza persuasiva, deliberadamente exenta de toda intención autoritaria, que impartía

para Ravines, antes que del apego a la religiosidad, se trata de opción por una iglesia: una institución definida, con sus jerarquías internas, sus mandamientos y sus ritos precisos. Se convierte en un seguidor siempre fiel de la ortodoxia hasta que en los años 30 los virajes de la Internacional terminen por arrojarlo de un extremo a otro. El partido había absorbido por completo su vida. Funcionario internacional, pierde cualquier sentido local o de patria. Incluso su vida familiar, establecida en Chile en el idilio con Delia de la Fuente, se realiza en el seno del partido y cualquier pasión es postergada ante la idea obsesiva de la revolución y la militancia, que ambos comparten. Una iglesia demasiado exigente. En 1930 aplica estrictamente la táctica de "clase contra clase", enfrentando por igual a la Unión Revolucionaria, los civilistas y los apristas, para años después propugnar sin éxito una especie de Frente Popular con el Apra. Vida de Ravines e historia de la Internacional recorren los mismos caminos. Sin el menor fundamento, el historiador húngaro Adan An-

derle ha querido sugerir la imagen de un Ravines trotskista, para así atribuir al bando opuesto los errores del pasado: "tiene posiciones ultraizquierdistas, que en muchos aspectos pueden calificarse de trotskistas y que eran compatibles con pasos sin principios" (8), pero precisamente durante esos años Trotski criticó el enfrentamiento entre comunistas y socialdemócratas y sus seguidores fueron tan principistas como los militantes más fieles de la Internacional.

#### ¿RENUNCIA O EXPULSION?

El camino iniciado en 1929, con el viaje a Moscú, termina trece años después. Este episodio congrega varias versiones. Veamos primero la oficial: Ravines se habría corrompido, tendría posiciones derechistas y además pro-nazis, que, de acuerdo a un documento fechado el 20 de mayo de 1942, se explicarían de una manera muy clara: "Es el típico caso del aventurero, procedente de otra clase, que viene no a ponerse honestamente al servicio del proletariado, dispuesto a asimilar su ideología, sino en un momento de desesperación y con la perspectiva oportunista y falsa de usufructuar muy pronto los 'beneficios' del poder traídos por la Revolución Obrera y Campesina que creía ver muy próxima" (9). El proceso se inició en Chile y culminó con la expulsión sancionada en el Perú. Se habla de un grueso expediente que entregaron los camaradas chilenos. Lo cierto es que en ese país también se expulsa a Marcos Chamudes, secretario general del P.C. ¿Coincidencia? Luis Alberto Sánchez, en un libro que reúne sus recuerdos de Chile, donde estuvo deportado varios años, sugiere que Ravines habría sido acusado de "no sé qué desviaciones doctrinarias" y que su vida habría corrido peligro en Moscú. Una versión similar aparece en *La gran estafa*, pero allí se busca poner el acento en las purgas stalinianas (de las que Ravines pudo incluso ser protagonista en España) y en el pacto nazi-soviético, el mismo que desalentó a Paul Nizan y tantos otros comunistas. Pudieron procesarlo mejor aquellos que fuera del comunismo encontraron un sustento intelectual equivalente. En el Perú, por ejemplo, los surrealistas Moro y Westphalen, que sin embargo terminaron por identificar con excesivo apasionamiento a Stalin con Hitler: "esta saña castradora en que el fascio y el martillo llegan a fraternizar" (10). Ravines, al parecer, habría llegado a la misma conclusión y esto equivalía a renegar de su iglesia.

Las versiones, en definitivas confluyen. Renuncia o expulsión, lo cierto es que Ravines acaba arrojado del paraíso o descurriendo tarde que tomó el tren equivocado. Pero, en esto, también su vida se asemeja a la de tantos otros. Sus rasgos biográficos coinciden con los de esos comunistas procesados durante el stalinismo: el origen de clase (a pesar de todo era un intelectual), la impureza de su trayectoria (cierta proximidad juvenil al aprismo), las vinculaciones (su prolongada permanencia en el extranjero), el criterio étnico (algo de judío se podía oler en su apellido) y los lazos familiares (su mujer procedía de la aristocracia chilena) (11). Por otro lado, después de la guerra, fueron pocos los dirigentes comunistas importantes que pasaron por España y pudieron sortear alguna confesión pública, la cárcel o la hor-

*"El camino hacia Marx, en Ravines, fue el camino de Moscú. La ruta se la indicó esa especie de profeta que en su biografía fue Henri Barbusse: novelista francés, autor de El fuego (un relato sobre la Gran Guerra), compañero de ruta de la Internacional en la revista Clarté y después fervoroso seguidor de Stalin."*



ca. De manera que esos temores de Ravines tenían un sustento verosímil.

Pero no es lo mismo bajarse de un tren que dejar de ser comunista, es decir, si se entiende que el comunismo era la fe, la salvación, la identidad: todo. Además, no es fácil borrar esa especie de sello indeleble que imprime una intensa vida partidaria. Entonces volverá a vivir la misma desorientación de sus años juveniles. Junto con Ravines han sido expulsados del partido Bazán, Navarro, Portocarrero, Lareira. Comienzan a reunirse pero sin la conciencia de ex combatientes y buscan un reingreso a la lucha política. Entonces Ravines reproduce ciertas constantes de su práctica anterior. Como buen leninista, lo primero que hace es sacar un periódico, Vanguardia. Al principio parece orientarse hacia una posición intermedia, cercana de esos socialdemócratas a los que tanto había combatido. Pero con el aprismo ni siquiera intenta una aproximación. Mantiene la misma beligerancia de siempre. Mientras tanto, va macerando todo el resentimiento acumulado, hasta que, separado de sus viejos compañeros y cuando los comunistas comienzan a romper con Stalin, él se vuelve un stalinista al revés, es decir, un feroz anticomunista. Combatir, perseguir al comunismo, arrancarlo de raíz, destruirlo, sin ningún sentido de la fatiga, ni de la monotonía, abdicando de cualquiera que lo apoyase en sus campañas (empezando por ese "enemigo de clase" que había sido Pedro Beltrán). Antes de morir atropellado en México (estaba deportado por Velasco), se imagina que como en los años 30 ó 40, los comunistas son los autores del supuesto atentado. Su vida se había detenido en 1942. Treinta años después "sigue viendo el mundo en blanco y negro, sólo que ahora los colores se distribuyen de modo distinto. Co-

mo comunista, no ve diferencia entre los fascistas y los socialdemócratas. Como anticomunista, no ve diferencia entre el nazismo y el comunismo. En otro tiempo aceptó la infalibilidad del partido; ahora se cree infalible a sí mismo. Después de haber sido arrebatado por la 'mayor ilusión', está ahora obsesionado por la desilusión de nuestro tiempo" (12). No fue muy original. Siguió la misma ruta de Gide, Koestler, Silone, Fisher... Es difícil encontrar otra biografía que, como la de Ravines, combine a un hombre tan inteligente y a la vez tan poco excepcional. Como muchos anticomunistas y ex compañeros de ruta, se sintió en el deber de explicar su supuesto error o de confesar-se públicamente. Así nació *La gran estafa*.

Sartre tenía la certidumbre que un anticomunista era un perro: juicio lapi-

dario. Pero también podría considerarse que el anticomunismo produce una especie de hombre demasiado triste, empeñado en un combate imposible contra los fantasmas de su juventud, pero la lucha contra la tierra prometida no consigue sustituir a los profetas y entonces sólo se pasa de una frustración a otra.

## NOTAS

- (1) "La muerte de Mariátegui", entrevista a Artemio Ocaña en *Correo*, 15 de abril de 1979, p. 9.
- (2) Ravines, Eudocio; *La gran estafa*, México, 1952, p. 134.
- (3) *Op. cit.*, p. 51.
- (4) Archivo José Carlos Mariátegui. Carta inédita de Eudocio Ravines a José Carlos Mariátegui, 24 de junio de 1929.
- (5) *Loc. cit.*



Eudocio Ravines con Germán Cárrero Checa, cuando aún pertenecía al Partido Comunista Peruano.

- (6) Ver otros testimonios como *La Confesión de London o los recuerdos del paso por el P.C. español de Jorge Semprún*.
- (7) Ravines, Eudocio, *Op. cit.*, p. 82.
- (8) Anderle, Adán, "Comunistas y apristas en los años treinta en el Perú", en *Estudios Andinos*, T. LXIII, Szeged, 1978, pp. 43-103. Al margen de esta discrepancia, el estudio de Anderle es de consulta imprescindible para la historia del comunismo peruano.
- (9) Archivo Arroyo Posadas, Universidad Católica, Lima. El texto titulado "Expulsión de Eudocio Ravines" ha sido reproducido en *Documentos para la historia del Partido Comunista Peruano*, Lima, 1980, p. 19.
- (10) Moro, César, "A propósito de la pintura en el Perú", en *El uso de la palabra*, Lima 1939, No. 1, p. 7.
- (11) Kriegel, Annie, *Los grandes procesos en los sistemas comunistas*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, p. 34. Kriegel como historiador, aparte de este libro, se ha ocupado de los años iniciales del P.C. francés.
- (12) Deutscher, Isaac Herejes y renegados, Barcelona, Ariel, 1970, pp. 22-23.
- (13) Para esclarecer muchos de estos temas sería necesario el acceso a los archivos del propio Partido Comunista. El P.C. italiano permitió que el historiador Paolo Spriano ingresara a los suyos. Es de suponer que el PC peruano no tendrá la misma amplitud. Por el momento nos hemos valido de los volantes conservados en la Biblioteca Nacional, los textos redactados por Ravines, los testimonios de quienes lo conocieron como Navarro Madrid, Julio Portocarrero e incluso la Sra. Delia de la Fuente. Tauro del Pino omite a Ravines en su diccionario enciclopédico del Perú. La única biografía que se dispone ha sido elaborada por Federico Prieto Celi, *El deportado*, pero el anticomunismo del autor le impide la comprensión de los hechos anteriores a 1942.

## IGLESIA

## EL PAPA NEGRO Y LA RENOVACION CRISTIANA

Manuel Piñeras

la fe y la lucha por la justicia que la propia fe exige" (1). Profundizando este tema central, plantean: "Pero sólo a la luz del Evangelio puede el hombre ver claramente que la injusticia brota del pecado, así personal como colectivo, y que se hace tanto más opresora al encarnarse en omnipotentes instituciones económicas, sociales, políticas y culturales de ámbito mundial y de fuerza aplastante." "...el predominio de la injusticia ... es uno de los principales obstáculos para creer, para creer en un Dios que es justicia porque es amor" (2). Concluyen este tema clave, afirmando que "...el servicio de la fe y de la promoción de la justicia no puede ser para nosotros un simple ministerio más entre otros muchos. Debe ser el factor integrador de todos nuestros ministerios ..." (3).

En América Latina, desde la Conferencia Episcopal de Medellín, en 1968, momento profético para la iglesia del subcontinente, la Compañía de Jesús, entre otros, realizó una contribución importante.

En este itinerario, el padre Pedro Arrupe, elegido en 1967 y presidente de la 32 Congregación, imprimió un fuerte optimismo en la capacidad de ser Iglesia al servicio del mundo contemporáneo. Muchos cristianos pensamos que encarnó profundamente la espiritualidad ignaciana, contemplativo en la acción, o, mejor dicho aun, libre para amar. Hombre moderno, al servicio de los pobres, con una excelente formación cultural e intelectual, tuvo un alto sentido de la organización de la tarea pastoral. Sacerdote de Cristo, con gran influencia en la Iglesia y la sociedad, ejerció un rol decisivo en algunos episodios de la Iglesia latinoamericana. Supo defender a los jesuitas de centroamérica, fuertemente atacados por su servicio evangélico al pueblo pobre por fuerzas políticas comprometidas con la injusticia estructural y el genocidio de esos pueblos.

En Agosto de 1981, al caer gravemente enfermo, el padre Arrupe renuncia a su cargo. A partir de este hecho se convoca a la 33 Congregación

General de la Compañía que debía elegir un nuevo propósito general. En esta Congregación —que en el momento de escribir estas líneas no ha concluido— ha sido elegido el padre Peter-Hans Kolvenbach que ha realizado su experiencia sacerdotal en el Medio Oriente, en el Líbano.

Expertos calificados consideran que la 33 Congregación General es una reafirmación básica en el proceso que ha liderado el padre Arrupe, dentro de una profunda fidelidad a la Iglesia y al Papa. Una expresión de esto fue el profundo y emotivo homenaje que le rindieron al inicio del evento.

Al no haber terminado este evento, no tenemos aún declaración pública ni documento que nos permita decir más. El nuevo Papa negro —se le llama así porque, desde Ignacio de Loyola, es elegido como propósito general hasta su fallecimiento— en la ruta de dos décadas de marcha profundamente renovadora, de opción decisiva al servicio de la fe y la justicia, pondrá, lo creemos, todas sus energías para seguir el peregrinaje de la Compañía de Jesús, desde su fundación, por uno de los más grandes hombres de la historia de la Iglesia: Ignacio de Loyola.

- (1) Congregación General XXXIII de la Compañía de Jesús. *Razón y Fe*, Madrid, 1975. Decreto 2,1.
- (2) *IBID.* Decreto 2, 6 y 7.
- (3) *IBID.* Decreto 2, 9.

Luego de 18 años de sabio gobierno, el Papa negro, Pedro Arrupe, se aleja del cargo de General de la Compañía de Jesús. En este puesto es elegido, el 13 de Setiembre de este año, Pedro-Hans Kolvenbach, sacerdote holandés. ¿Qué ha significado y significa hoy la Compañía de Jesús en la Iglesia Católica? ¿Por qué esta elección ha capturado la atención en ambientes católicos y no católicos en el mundo?

La Compañía de Jesús, fundada por Ignacio de Loyola en el Siglo XVI y formada hoy día por veintiséis mil miembros que realizan su misión evangelizadora en todo el mundo, especialmente es los subcontinentes del Tercer Mundo, es la congregación sacerdotal más grande de la Iglesia Católica.

En la historia de la Compañía, la 32 Congregación General, llevada a cabo entre fines de 1974 y principios de 1975, constituyó un hito fundamental. Muchos teólogos y analistas de la cuestión eclesial la consideran de la importancia de la primera Congregación General, donde se formó la Compañía bajo el liderazgo de Ignacio de Loyola. Inspirada por el Concilio Vaticano II y sus enormes repercusiones, planteó como la "opción decisiva" la lucha por la fe y la justicia.

"¿Qué significa hoy ser compañero de Jesús? Comprometerse en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por